

PROBLEMAS HISTORICOS EN LA INTERPRETACION DE LOS PAISAJES NATURALES Y AGRARIOS DE LA RIOJA

José María García-Ruiz*
José Arnáez Vadillo*
Teodoro Lasanta Martínez**
Montserrat Muga Fernández**
María del Carmen Martín Ranz**

Las relaciones entre la Geografía y la Historia han sido tradicionalmente muy intensas. Dejando a un lado aspectos académicos que demuestran claramente tales relaciones, conviene recordar la formación histórica de muchos de los geógrafos de principio de siglo, cuyo sistema de describir e interpretar el paisaje ha creado una fructífera escuela hoy puesta en entredicho. Todos los geógrafos que en mayor o menor medida hemos continuado en España el modelo de las llamadas tesis regionales hemos vivido directamente la importancia de la Historia como ciencia de la que en ocasiones se sirve la Geografía. Y es que el geógrafo que estudia y quiere comprender un espacio agrario, una determinada organización del territorio y hasta un paisaje natural debe recurrir a fuentes históricas que le ayuden a recomponer el complejo mosaico de una región. En todo paisaje pervive siempre algo del pasado. El geógrafo que limita toda su información a fuentes actuales, a encuestas y a la observación y análisis de fenómenos visibles está condenado a dar una visión muy incompleta del tema objeto de estudio. En la naturaleza y en medios rurales tradicionales la estructura se explica más por el pasado que por el presente. Otra cosa bien distinta es la función de esas estructuras, cuya evolución reciente tiene que ver sobre todo con cambios coyunturales.

* Departamento de Geografía del Colegio Universitario de La Rioja. Logroño.

** Instituto de Estudios Riojanos. Logroño.

Sin embargo, cabe señalar que los mismos historiadores no son en su mayoría conscientes del interés que representan los estudios sobre la Historia social y económica de un territorio concreto. Sobra mucha erudición y sobra también mucho localismo. Se va más al análisis —más bien descripción o simple enumeración— de acontecimientos puntuales, para los que raras veces se busca una explicación generalizadora o fuera del simple ámbito local en el que se trabaja. No se trata en casi ningún caso de resolver problemas científicos a partir de hipótesis más o menos comprobables, y el método inductivo —que, no lo olvidemos, siempre llega menos lejos— es el que predomina en casi todas las aproximaciones históricas. Por ello, es por lo que el historiador no ha podido tomar conciencia de su utilidad práctica (de su utilidad cultural nadie puede presentar el menor asomo de duda) en actividades tan alejadas de su esencia como la ordenación integral del territorio. Esta última, basada en conceptos teóricos sobre dinámica de ecosistemas, requiere de una notable “perspectiva histórica” que le informe acerca de lo que el hombre ha hecho en un determinado territorio para explicar el paisaje actual y tener así cierta capacidad predictiva sobre lo que puede suceder con ese paisaje tras una gestión antrópica concreta. Planificar exige conocer las tendencias funcionales del ecosistema y tales tendencias pueden conocerse sólo mediante modelos conceptuales —y también cuantitativos— elaborados a partir de cierta información histórica. Por poner un ejemplo sencillo, la mayoría de los procesos de erosión visibles actualmente tienen que ver con acciones antrópicas desarrolladas en el pasado y que han acabado por romper el equilibrio de vertientes inestables. el estudio de esos procesos de erosión puede llevarse a cabo con mayor facilidad si se apoya en datos históricos sobre el manejo del territorio, sobre “qué se hizo allí” para desencadenar todo un sistema de cárcavas y ríoglas que, no obstante, no aparecen en otras vertientes con idénticas características ambientales. Y lo mismo puede decirse cuando se trata de estudiar la dinámica de la vegetación o las consecuencias que se desencadenan tras la introducción de nuevas prácticas ganaderas, etc.

En este sentido, pues, nos ha parecido oportuno a un grupo de geógrafos encuadrados en el Departamento de Geografía del Colegio Universitario de La Rioja y en el Instituto de Estudios Riojanos la elaboración de una pequeña puesta al día que tiene por objeto esencial el señalar todos aquellos problemas históricos —no resueltos o resueltos sólo parcialmente— y que contribuyen a clarificar la interpretación de problemas geográficos de actualidad.

Por razones expositivas distinguimos los temas relacionados con actividades humanas de aquellos otros vinculados al medio físico.

1. EL PESO HISTORICO DE LA ACCION ANTROPICA SOBRE EL PAISAJE

El problema histórico más importante con que se enfrenta el geógrafo es el de las sucesivas etapas de acceso a la propiedad. Hoy en La Rioja, a partir de los censos agrarios de 1962 y 1972 y el futuro próximo de 1982 podemos analizar, como en el resto de España, cuál es la estructura de la propiedad. Tal estructura constituye uno de los elementos decisivos para explicar la morfología agraria y, en parte, los sistemas de explotación tradicionales y actuales y la inercia o capacidad de cambio que el campo riojano ofrece frente a impulsos procedentes del exterior. Sin embargo, conocemos muy poco acerca de la forma en que se ha configurado esa propiedad y de las transformaciones que ha experimentado en etapas clave de la Historia.

Se ha hablado siempre en nuestro país del papel decisivo desempeñado en este sentido por la Edad Media, con grandes trasiegos en la tenencia de la propiedad. Cabe preguntarse, no obstante, cuál es la herencia en La Rioja de la estructura original, pues posiblemente la dominación árabe no supusiera un cambio decisivo en el tamaño y reparto de la propiedad. Y, en caso afirmativo, cuáles son los rasgos morfológicos que permiten identificar hoy esa herencia.

Muy importantes fueron posiblemente los cambios habidos durante el proceso de Reconquista, periodo en el que en otras regiones españolas se sientan las bases de partida de lo que será la propiedad en Edad Contemporánea. Por supuesto, las características de la explotación del territorio en La Rioja en aquellos momentos y el sistema de conquista fueron bien diferentes de los que tuvieron lugar en el centro y sur de nuestro país. Pero, con todo, conviene precisar los posibles cambios relacionados con el cambio político y conviene, a su vez, delimitar el papel desempeñado por los monasterios en la configuración de grandes patrimonios.

Quizás más decisiva que la Edad Media en la configuración de la estructura de la propiedad sea el siglo XIX con su largo proceso desamortizador. En algunas regiones las desamortizaciones civil y eclesiástica representan una profunda transformación de la tenencia, con notables repercusiones sociales y económicas (Castilla la Vieja - Sánchez Zurro, 1970; La Mancha - Quirós, 1964; Ribera del Ebro - Frutos, 1972; Pirineo aragonés - García-Ruiz, 1976). Para La Rioja existen intentos por desentrañar las alternativas habidas en esa época en la estructura de la propiedad (Bilbao, 1980) pero se echa de menos un estudio de conjunto en el que se especifiquen las superficies puestas a la venta, su localización dentro de la provincia, los propietarios de los montes expropiados y los nuevos compradores. Sólo así podrá comprenderse la situación actual de muchas Haciendas municipales; la emigración rural que tiene lugar en la segunda mitad del siglo XIX, una vez que los campesinos más pobres hubieran visto reducidas sus posibilidades de supervivencia tras la

venta pública de bienes comunales y de propios; la aparición de propietarios absentistas, ligados a la burguesía urbana; o la configuración de la actual estructura de la propiedad en la que, no obstante, las desamortizaciones no han jugado un papel tan decisivo de concentración de tierras en pocas manos como en otras regiones.

Por otra parte, hay un problema que se ha resuelto a gran escala quizás con demasiada facilidad. Se ha afirmado —y existen demasiados datos que parecen confirmarlo— que el gran momento de la destrucción del paisaje natural tiene lugar a lo largo de los siglos XI y XII. El incremento demográfico sin paralelo incremento técnico obliga a roturar superficies progresivamente más extensas, de calidades más mediocres o en condiciones más difíciles. Se trata, pues, de un gran periodo de alteración y transformación de paisajes naturales o hasta entonces poco intervenidos, con una considerable expansión de los paisajes antrópicos. En términos generales muchos de tales paisajes perviven con pocos cambios hasta nuestros días; sin embargo, desconocemos en buena parte cuál era el régimen jurídico de acceso a la propiedad; es decir, quienes y de qué forma podían roturar las tierras y si existía un tope de superficies roturable por familia.

No obstante, conforme la presión demográfica se hizo mayor —y de acuerdo con la Ley de rendimientos decrecientes— se ocuparon laderas de fuerte pendiente y utilización nómada o itinerante. Su productividad era tan baja y su deterioro tan rápido en poco tiempo que dos o tres años después de roturarlas se abandonaban. El agricultor tenía así que roturar nuevas parcelas o “trozos” de monte que indefectiblemente también abandonaría pronto, hasta que al cabo de 20 ó 30 años él u otros volvían a roturar en las primeras parcelas. De ahí ese carácter itinerante, bien conocido en todos los ambientes con suelos pobres y escasez de abonos. Tales prácticas tenían lugar sobre suelo comunal o perteneciente a propiedades monásticas. El problema consiste en averiguar cuáles fueron los sectores más afectados y cómo evolucionó su ámbito espacial, así como los sistemas mediante los que se regían (ocupación libre, sorteo, subasta, etc.). Muy importante sería también averiguar si el hombre aplicaba alguna práctica conservacionista en esas laderas (mantenimiento de setos naturales, desvío de las aguas de lluvia y sistemas de drenaje).

De la misma forma, interesa conocer cuáles han sido los sistemas de explotación aplicados a las citadas propiedades comunales con objeto de explicar cómo se ha llegado al paisaje actual. Así, conviene deslindar si el territorio se ha especializado o no en lugares para la obtención de leña, para la fabricación de carbón vegetal o para soltar el ganado mayor en otoño e invierno (dehesas o boalares). Y, en última instancia, cómo se compaginaban los usos agrícolas y ganaderos, puesto que gran parte del monte utilizable para el pastoreo se ocupaba temporalmente por cultivos itinerantes. Asimismo, ofrece notable interés el averiguar las funciones asumidas por los rodales de encinares y carrascales (*Quercus ilex rotundifolia*) existentes dentro de la

PROBLEMAS HISTORICOS EN LA INTERPRETACION DE LOS PAISAJES

Depresión del Ebro, aislados en niveles altos de glaciares y terrazas entre los cultivos de secano.

Por lo que respecta al ganado, es indudable que ha desempeñado un papel decisivo en la transformación de la vegetación natural, directa o indirectamente. De forma directa porque el sobrepastoreo ha originado en no pocos valles (alto Cidacos y Alhama) la degradación de la cobertura vegetal y ha impedido o dificultado la recuperación de bosques originales una vez roturados. Indirectamente porque las necesidades pastoriles han obligado en no pocos casos a la eliminación del bosque para fomentar la expansión de pastos de verano o incluso de matorrales pastables en estaciones intermedias. Así ha sucedido en Hoyos de Iregua, donde hayedos y pinares se han expulsado de áreas situadas entre 1.600 y 1.800 m. de altitud que en condiciones naturales eran forestales; o en la Sierra de la Demanda, donde los hayedos han quedado reducidos a manchas aisladas en cabeceras de barrancos, lo que ha permitido la aparición de un paisaje con *Calluna* y *Erica* aprovechado tradicionalmente con ganado cabrío y vacuno. Baste señalar como justificación parcial, que los hayedos permiten una bajísima densidad de ocupación ganadera, lo que en épocas históricas era una notable desventaja. De todas formas, la evolución de ese paisaje ganadero ha sido distinto en función de la densidad del aprovechamiento pastoril, en primer lugar, y de las interrelaciones mutuas existentes entre los distintos tipos de ganado (Montserrat, 1964), en segundo lugar. Sería así de gran interés disponer de información lo más aproximada posible sobre el peso relativo de cada tipo de ganado en diferentes etapas históricas. Menos importancia geográfica actual tendrían, aparentemente, aspectos ganaderos tales como el ordenamiento del pastoreo, la estructura de la propiedad pecuaria y el origen de grandes propiedades trashumantes. En realidad todo lo relativo a las primeras etapas y evolución posterior del sistema trashumante encierra un gran atractivo científico con repercusiones prácticas en nuestros días por cuanto se piensa en la importancia de la trashumancia como modelo integrado de aprovechamiento del paisaje y de interrelación entre regiones complementarias. Esa complejidad de la gestión agropecuaria (Montserrat, 1977) constituye un auténtico objetivo teórico en el estudio de los agrobiosistemas, siempre y cuando no se haga intervenir otras variables económicas.

En un plano más secundario, pero en estrecha relación con las etapas de utilización del territorio y su impronta paisajista, cabe situar a los estudios sobre demografía histórica. Su interés radica sobre todo en la posibilidad de establecer conexiones entre las grandes etapas de la evolución demográfica y los cambios habidos en la intensidad de explotación y en los paisajes naturales. Conviene así disponer de información sobre la evolución demográfica para lo que, dado que históricamente presenta unos modelos similares para grandes regiones, basta con centrarse en una serie de núcleos-tipo para cada comarca de La Rioja. De igual forma interesa ceñirse a algunas crisis demográficas con-

cretas para tratar de hallar relaciones con algunos aspectos de la gestión del territorio, que tienen que verse alterados de alguna forma, siquiera sea momentáneamente. Otros temas demográficos a nivel histórico, tales como la estructura demográfica o la organización social en épocas pasadas (con información posible para la Edad Moderna), presentan un interés aparentemente menor; pero su papel se realza cuando se considera que tales asuntos están íntimamente relacionados con los sistemas de explotación. La organización y gestión del espacio —y, por consiguiente su transformación— está en función de una determinada estructura demográfica, con mayores o menores niveles de especialización funcional. Es más, cuando por diversas razones cambia esa estructura demográfica, el hombre se ve obligado a alterar sus esquemas de actuación, tiene que readaptarse a una situación muy distinta de la precedente. Conocer esa estructura demográfica y su organización abre, pues, numerosas pistas al estudio de la intervención del hombre sobre el paisaje.

2. ACONTECIMIENTOS RELACIONADOS CON EL MEDIO AMBIENTE

Es bien conocido que nuestro planeta está sometido a cambios climáticos de distinto orden de magnitud. Los hay ligados a variaciones en la actividad solar y de índole secular, inscritos en oscilaciones climáticas de más largo alcance, milenarias o incluso dominando durante decenas de miles de años. Tales fenómenos poseen una gran repercusión sobre el funcionamiento de los sistemas naturales. Cambian los sistemas morfoclimáticos, de los que existen numerosas muestras en todas las regiones y el relieve riojano a pequeña y media escala es una buena prueba de ello (glacis y terrazas escalonadas, derrumbios de vertientes, circos y depósitos glaciares). Cambian también la fauna y lo hace también, aunque con mayor inercia, la vegetación: unas especies son desplazadas, otras tienden a adaptarse en determinados enclaves topográficos, originando endemismos, y la vegetación relacionada con el nuevo ambiente climático entra lentamente, de forma que durante mucho tiempo se configura un entramado florístico muy complejo, lo que una vez más demuestra la dinámica de los ecosistemas. Una comunidad vegetal nunca es estable de forma que no cabe hablar de *climax* sino de *tendencias*, y en la medida en que está continuamente cambiando —incluso, por supuesto, a escala histórica— interesa analizar esa tendencia para aportar información al estudio de la estructura y función de los ecosistemas.

Un compendio de noticias halladas en diversos archivos sobre especies forestales que aparecen en espacios concretos o el estudio detallado de fuentes tan importantes como el *Catastro del Marqués de la Ensenada* o el *Diccionario de Madoz*, así como referencias incluidas en antiguos libros de viajes, son decisivos en este sentido. De esa forma, tendremos datos de especies hoy desaparecidas de muchos ambientes de nuestra región pero cuyo conoci-

PROBLEMAS HISTORICOS EN LA INTERPRETACION DE LOS PAISAJES

miento es de gran importancia para reconstruir el ambiente vegetal natural antes de ser drásticamente alterado por el hombre o levemente cambiado por alguna oscilación climática; y nos encontraremos, por el contrario, con especies que son progresivamente más citadas conforme entramos en épocas más próximas a nosotros, sin duda porque las condiciones climáticas o edáficas (estas últimas por degradación) han cambiado. Así parece suceder con las diferentes especies de pinos, fenómeno ya intuido por Calvo Palacios (1977) para nuestra región y por Ortega Valcárcel (1974) para las montañas de Burgos, pero que requiere estudios más exhaustivos.

Otras veces, no obstante, las manchas forestales han sido reintroducidas por el hombre, como sucede, por ejemplo, con algunos pinares plantados en el Pirineo Aragonés durante el siglo XVIII. Una prospección en archivos puede proporcionar importante información acerca de repoblaciones forestales históricas que contribuirían a explicar el paisaje vegetal de La Rioja.

Hay, por último, una serie de temas relacionados con el medio físico y que pueden aportar datos de interés sobre oscilaciones climáticas de corto alcance. Así, los datos sobre períodos de hambre o años de malas cosechas, o los referidos a noticias sobre rogativas para acabar con sequías prolongadas indican la existencia de periodos muy secos que se repiten con frecuencia y que en su repetición llegan a ofrecer unas pautas de cierta regularidad. Y lo mismo sucede con datos de archivo referidos a inundaciones y grandes crecidas del Ebro y de sus afluentes, relacionadas con intensos periodos de precipitaciones torrenciales y cuya frecuencia también es analizable estadísticamente. Así, existen datos muy antiguos sobre avenidas del Ebro en Blasco Ijazo (1960), aunque su estudio no ha sido sistemático.

Con datos de sequías y grandes inundaciones (como también de otras catástrofes naturales, léase desprendimientos) se puede elaborar un estudio secuencial de acontecimientos climáticos. Su interés estriba en que tales acontecimientos —de uno u otro signo— presentan una marcada tendencia al agrupamiento en el tiempo, lo que es un notable indicio de comportamientos climáticos. Los estudios de Fontana (1976) para toda España o para regiones concretas son modélicos en este sentido, aunque requieren de un análisis más detallado para extraer conclusiones generalizables. Trabajos de este tipo pueden ponerse en correlación con los resultados obtenidos en estudios dendroclimáticos (Creus y Puigdefabregas, 1976) para tratar de hallar tendencias comunes, pudiéndose establecer comparaciones a partir de ahí con otros estudios similares realizados en Europa. De la misma forma, sirven hasta cierto punto y con muchas precauciones para comprobar los análisis estadísticos —leyes de Gumbel, por ejemplo, para la obtención de periodos de retorno— realizados con acontecimientos climáticos o hidrológicos actuales. No obstante, conviene tener presente el contexto histórico del que se extraen tales datos y su fiabilidad, de forma que se impone una crítica de la información disponible, que será tanto más fácil en la medida en que existan varios estudios de este tipo a escala regional o nacional.

En todo caso, parece evidente que el historiador puede contribuir a desentrañar la dinámica de los sistemas naturales y su tendencia actual y que el geógrafo no puede limitarse a estudios actuales puesto que necesita perspectiva. Casi todos los cambios tienen lugar a una escala superior a la de una vida humana, y cuando tales cambios son de gran orden de magnitud abarcan largos periodos históricos o geológicos. La información histórica es, pues, una fuente decisiva para comprender la actual diversidad espacial de los paisajes de La Rioja y, en cierto modo, cuáles han sido los cambios en las condiciones ambientales del territorio, que determinan a su vez cambios en la dinámica florística y morfológica.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BLASCO IJAZO, J. 1960. Las avenidas del Ebro. *Aquí Zaragoza*, 6 , Zaragoza.
- BILBAO, J.C. 1980. La desamortización de Pascual Madoz en el partido judicial de Logroño. *Cuadernos de Investigación (Historia)*, 6 (1-2): 81-114. Logroño.
- CALVO PALACIOS, J.L. 1977. Los Cameros. De región homogénea a espacio-plan. *Instituto de Estudios Riojanos*, 297 pp. Logroño.
- CREUS, J. y PUIGDEFABREGAS, J. 1976. Climatología histórica y dendrocronología de *Pinus Uncinata* Ramond. *Cuadernos de Investigación Geográfica*, 2 (2): 17-30, Logroño.
- FONTANA, J.M^a. 1976. Clima del pasado. *Publ. Centr. Pir. Biol. Exp.* 7 (1): 103-116, Jaca.
- FRUTOS, L.M. 1972. Nota sobre la desamortización de bienes eclesiásticos y civiles en la comarca de Zaragoza durante la segunda mitad del siglo XIX. *Homenaje a José Manuel Casas Torres*, 141-146, Zaragoza.
- GARCIA-RUIZ, J.M. 1976. Modos de vida y niveles de renta en el Prepirineo del Alto Aragón Occidental. *Instituto de Estudios Pirenaicos*, 272 pp., Jaca.
- MONTSERRAT, P. 1977. Agrobiología ganadera. *Anales del Instituto de Estudios Agropecuarios*, 2: 55-61, Santander.
- MONTSERRAT, P. 1964. Ecología del pasto. *Publicaciones del Centro Pirenaico de Biología Experimental*, 1: 68 pp., Jaca.
- ORTEGA VALCARCEL, J. 1974. La transformación de un espacio rural: las montañas de Burgos. *Departamento de Geografía de la Universidad de Valladolid*, 531 pp., Valladolid.
- QUIROS LINARES, F. 1964. La desamortización, factor condicionante de la estructura de la propiedad agraria en el valle de Alcuña y Campo de Calatrava. *Estudios Geográficos*, 96: 367-408, Madrid.
- SANCHEZ ZURRO, D.J. 1970. La última desamortización en la provincia de Valladolid. *Estudios Geográficos*, 120: 395-440, Madrid.

